

DIEZ ENSAYOS SOBRE LITERATURA MURCIANA, DE JUAN BARCELÓ JIMÉNEZ

MIGUEL ORTUÑO PALAO

Me corresponde presentar un nuevo libro de don Juan Barceló Jiménez, uno más en su abundante y valiosa producción. Son diez ensayos, con el denominador común de tratar sobre literatura murciana. De ellos, uno se sitúa en el siglo XVI; otro, en el XVII; tres, en el XIX; otros tantos entre XIX y XX, y dos en este siglo a punto de acabar.

Por géneros, predomina la lírica, aun cuando también hay narrativa y teatro. Como el autor indica, unos se editan por vez primera, y los más fueron ya publicados en distintas revistas de difícil adquisición, por lo que su recuperación era muy conveniente; para emplear el título de la última obra póstuma de Borges podríamos llamarlos "Textos recobrados", felizmente recobrados para la mayoría de los lectores, añadiría yo.

Llevan, como vemos, la titulación de "ensayos". Corominas nos enseñó que la palabra "ensayo", documentada ya en Berceo, tiene su etimología en el bajo latín "ex-agium", que se relaciona con "exigir" y con "examinar". Y Alvar ha explicado que, en España y hasta últimos del XIX, dicho vocablo se asociaba a todo acopio o que, en España y hasta últimos del XIX, dicho vocablo se asociaba a todo acopio o centón bibliográfico o histórico. Será Clarín, en 1892, quien supo enlazar su significado con el literario que, a fines del XVI, le imprimieron Montaigne y Bacon y que constituye la acepción moderna, consagrada en 1900 por Unamuno y seguida por Ortega, Azorín y toda una alta relación de escritores.

Pues bien, Barceló se ajusta lógicamente a este sentido actual de lo que entendemos por ensayo como género, pero sin olvidar aquellas dos notas primigenias que la palabra tuvo: la de la "exigencia", por su rigor intelectual, y la de "examen", por la profundidad de conocimientos que revela en el cotejo de textos y de autores. Y me atrevo a afirmar que, tanto los trabajos publicados hace más de treinta años, que guardan el frescor del primer día, como los que ahora aparecen por primera vez, mantienen en el lector una sensación de asombro, de agrado y de interés.



Y esto está siendo reconocido a nivel nacional. Pondré un ejemplo. Hace sólo unos días se presenta un libro sobre teatro medieval, perteneciente a la Biblioteca Clásica que dirige el académico y catedrático Francisco Rico, y en la escogida bibliografía realizada por Miguel Angel Pérez Priego figura la obra que Barceló publicó hace justamente cuarenta años con el título de "Historia del teatro en Murcia", aquella obra de la que don Antonio Pérez Gómez dijo que era de imprescindible consulta para quien tuviera que estudiar esa faceta de nuestra historia literaria.

Con la brevedad que me obliga el tiempo asignado indicaré de qué tratan cada uno de estos diez ensayos. El primero, sobre el poeta y coplero Francisco González de Figueroa, murciano del XVI, con algunos aspectos de éste, como su misoginia o como el gusto por cantar lo taumatúrgico.

El segundo, acerca de Francisco Cascales, lo centra en la epístola que dirigió a Lope de Vega, lo que le da ocasión a extenderse sobre la situación del teatro en Murcia y sobre la célebre polémica en torno a la moralidad del género dramático. No olvidemos la importancia creciente de Cascales, de quien un ilustre pensador ha dicho que en sus "Cartas filológicas" se encuentra el arranque de la moderna literatura crítica.

En el tercero es Julián Romea, que vive la plenitud del Romanticismo, en su vertiente de poeta lírico, con su reiteración por las ruinas, la noche, la luna o la tristeza, con su dolorido sentir por el vacío amoroso expresado en retóricas interrogaciones y también su afecto por la patria grande y por la patria chica.

Reserva el cuarto al poeta cartagenero Martínez Monroy, muerto en plena juventud. En la técnica habitual de Barceló se analiza la vida del autor tratado, su obra, las formas que maneja, los temas que desarrolla y las alusiones de otros críticos que han escrito sobre él, y así, en el caso de Monroy, enjuicia las opiniones de dieciséis comentaristas. De este modo, con este sistema, el lector recibe una visión objetiva y global.

Noto en el quinto ensayo un especial afecto de Barceló hacia el personaje y su tierra. El personaje es el pedagogo Pascual Martínez Abellán en sus disquisiciones filológicas. La tierra es Pliego, con su historia, su geografía, su política y sus gentes. Y hay apreciaciones cargadas de interés: las parciales coincidencias de este educador plieguero, en cuanto a la sinonimia, con las futuras teorías de un Ullmann o de un John Lyons, o con Gili Gaya en lo relativo a la terminología verbal, o, como curiosísima anécdota, la pública polémica que suscitó entre los enseñantes un sencillo examen escolar.

Especial importancia tienen, para mí, los ensayos séptimo y octavo, dedicados a Vicente Medina (el último de ellos, auténtica novedad, sobre el tema de la infancia y la senectud en el poeta de Archena). Estudia el regionalismo literario, su lenguaje, su característica de sencillez y ruralismo, con una acertada incursión en la pintura coetánea. Y es que el mundo de la huerta posee para Barceló un saber exhaustivo y un sabor vivencial.

No me gustan las etiquetas porque adolecen de genéricas y nunca alcanzan exactitud. Pero en Barceló yo veo un contraste, una contraposición paradójicamente

"Prohibida la reproducción total o parcial sin consentimiento del autor"



armoniosa: su mente es clásica, clara, ordenada, perfectamente equipada y, sin embargo, su sensibilidad es barroca, exuberante, hasta me atrevería a decir que murciana, inquieta siempre por penetrar en los flecos y resquicios de cualquier cuestión y de relacionar ésta con las artes visuales, con el contexto musical, con su repercusión política y hasta con su trascendencia teológica.

Apliquemos esto a su visión de Medina. Como crítico es preciso es sus calificaciones. “Medina –nos dice– es un poeta sentido, inspirado, sencillo, popular”; en esta asindética frase de cuatro adjetivos que luego analiza, vemos una definición totalizante, clarividente, objetiva; es su clasicismo. Pero a renglón seguido, al analizar algunos poemas o estrofas del autor de “Aires murcianos”, parece que toca las teclas de todos los sentidos y nos habla de lienzos sobre un fondo verdeazulado, de figuras candentes o tiernas, de huerta soleada, de perfumes penetrantes; es ese barroquismo del que escribió Valverde, en el que aparecen los contrastes y los juegos estilísticos y en el que unas veces la prosa se repuja y otras se estiliza.

En el ensayo noveno realiza una sinopsis nítida de los últimos cien años de la literatura murciana. Al citar a mi paisano Martínez Corbalán he recordado una carta del hijo de éste, el gran crítico Pablo Corbalán, fallecido el pasado diciembre, en la que me decía que tres autores murcianos habían entendido la poesía de su padre; eran Barceló, Díez de Revenga y Jiménez Madrid. El hecho de que este ensayo sea un resumen no empeece para que profundice en algún autor determinado, como en el caso de Sánchez Bautista, el poeta actual más completo, o en el de Castillo Puche, el novelista de proyección más universal.

Y en el último ensayo, verdaderamente novedoso, trata sobre lo taurino en la narrativa breve de Alfonso Martínez Mena, lo que aprovecha para dejar correr su veta de entendido y aficionado de siempre en el arte de la tauromaquia.

Y termino para resaltar un aspecto que pudiera pasar inadvertido desde esta atalaya de la capital. Barceló es un académico que cumple con el deseo y la preocupación constante de nuestro director, don Juan Torres Fontes, por extender la voz de esta Real Academia a todas las poblaciones de la región. Barceló, como otros muchos compañeros de Corporación, es una persona entregada a la difusión de la cultura desde hace varios decenios: para alentar Casas de Cultura y Bibliotecas municipales, para presentar libros, para pronunciar conferencias, para participar e intervenir en cualquier manifestación culta. Y de todo esto se tiene conciencia en pueblos y ciudades, en donde el nombre de Barceló resulta familiar y entrañable.

Si durante muchos años en su cátedra y dirección de la Normal ha sido, profesional y administrativamente hablando, un maestro de maestros, ahora continúa siéndolo en el sentido más amplio, genérico y generoso de la expresión. ¿Una demostración? Estos diez ensayos que he tenido el honor de presentar y que constituyen una pequeña muestra magistral de quien es un verdadero maestro de maestros.

